

20.000 LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO  
(*20.000 Leagues Under The Sea*, Richard Fleisher 1954)

Tomás Martín Hernández

¿Quién ha podido sondear las profundidades del abismo?

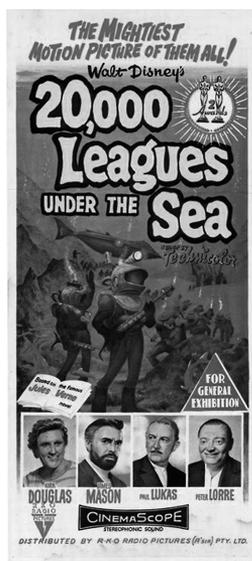
ECCLESIASTÉS

(Julio Verne, en *20.000 Leguas de viaje submarino*)

Cuando yo era estudiante de filosofía, además de un entusiasta del cine y, sobre todo, de la ciencia ficción, tuve la suerte de conocer a Fernando Martín. Recuerdo de su original personalidad, además de la cercanía y la calidez, su contagiosa pasión por el cine así como sus enormes dotes como comunicador. Transcurridos veinte años de este primer encuentro, y tras leer algunos de sus libros y artículos, supone para mí un orgullo poder exponer otros muchos momentos que he podido compartir con él. Cuando en una ocasión llegué a plantearle mis dudas sobre la relación del cine con la ciencia, dentro de un posible proyecto de investigación, me las disipó de golpe afirmando que ambas cuestiones se habían desarrollado en el mismo mundo. En otro momento, siendo los dos miembros del Aula de Cine de la Universidad de La Laguna, me manifestó su predilección por las películas de submarinos.

Circunstancias más recientes en el tiempo volvieron a unirnos en una mesa redonda dentro de un curso sobre el cine y la ciencia. En esta ocasión nos recordó a todos los presentes que el cine había surgido en el momento histórico en el que el desarrollo tecnológico, vinculado a la electricidad, lo había hecho posible. En otra ocasión, llegué a deleitarme leyendo cómo el periodista que lo entrevistó lo presentaba como el profesor que llevaba varias décadas explicando «el material del que están hechos los sueños». Todas estas cuestiones guardan una intensa relación con la película que ahora nos ocupa: *20.000 Leguas de viaje submarino*. Debido a ello ha sido el título que he elegido para dedicar, con admiración, las siguientes palabras a Fernando.

Como muy bien se han ocupado de analizar tanto teóricos como críticos, los géneros cinematográficos en estado puro no existen. No es de extrañar entonces que podamos comenzar diciendo que el título al que nos referimos, suficientemente conocido, se nutre tanto de la ciencia ficción como del cine de aventuras. Todo ello rodado en un magnífico *cinemascope* capaz de dotar de una especial elegancia a muchas de las secuencias. Baste recordar para ello la fotografía del mundo submarino, filmado como si se tratase de un entorno extraterrestre o fantástico. Resultan especialmente memorables las escenas del safari subacuático o la de uno



de los entierros más soberbios filmados por una cámara. La estética de la película consigue elevarse aún más con el uso del *technicolor*; sobre todo en la presentación de los interiores del submarino Nautilus. Este tratamiento del color convierte a la estancia privada de Nemo, donde lo antiguo y lo futurista están en perfecta convivencia, como ocurre en toda la película, en mucho más que en una dependencia de un sumergible. Recordemos que en este escenario —mostrado en los sucesos centrales del filme— se encuentra todo un museo, en el que la presencia de su autor es reflejada en el majestuoso y dominante órgano.

Tan cuidadosos detalles, junto a todo el tratamiento visual de la película, dieron pie a los premios que la dirección artística recibió en su momento. Su estética ha sido homenajeada en múltiples ocasiones, como es el caso del ventanal circular utilizado por George Lucas en el «Halcón Milenario» de su *Star Wars*. También algunas secuencias han podido ser vistas en otros títulos como la de la exótica cena utilizada por Spielberg en las segundas aventuras de Indiana Jones. Otras muchas escenas pertenecen ya a la memoria cinematográfica: la caza submarina, el ataque de los nativos o el calamar gigante, que es una de las mejores representaciones del terrorífico Kraken mitológico. El mar, que, como se refleja en la película, siempre ha sido interpretado como fuente de vida, ha sido también origen de amenazas y peligros. Todos estos excelentes logros cinematográficos lograron una calidad muy por encima de la media del cine de los 50, tan dado a la ciencia ficción y al cine de monstruos.

El encargado de orquestar todos estos elementos fue Richard Fleischer, un veterano de la televisión y el cine. Este director, catalogado como uno de los «artesanos de Hollywood», comenzó su extensa filmografía en el cine negro. Sin

embargo, también nos ha dejado un puñado de excelentes películas pertenecientes a diversos géneros como *Los Vikingos*, *Barrabás*, *El Extravagante Doctor Dolittle*, *El estrangulador de Boston* o *Cuando el destino nos alcance*. Pero el otro título de su carrera vinculado al que estamos haciendo referencia es, sin lugar a dudas, *Viaje alucinante*. En esta película uno de los elementos más recordados es el segundo submarino más famoso de la historia del cine: El *Proteus*, que será el vehículo que un equipo de médicos utilizará —gracias al poder de la ciencia ficción— para viajar al interior del cuerpo humano.

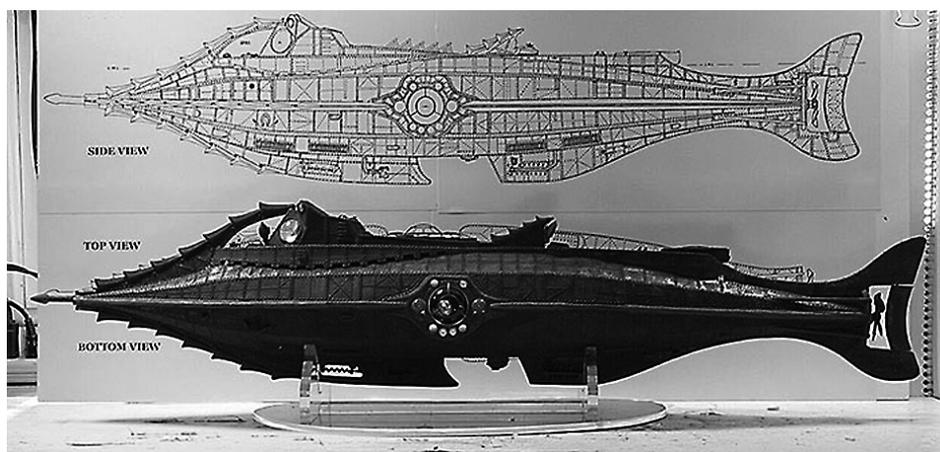
Pero la superproducción que ahora nos ocupa supone algo más que una gran imaginería visual o el uso artístico de la tecnología: es también una película de personajes. Sus cuatro protagonistas, interpretados por excelentes actores, presentan perfiles psicológicos ricos en matices y hasta en contradicciones. El profesor Anorax (Paul Lukas) representa a la aristocracia y a la ciencia oficial; sin embargo, se deja seducir por los planes, muy poco convencionales y nada ortodoxos, del capitán del Nautilus. Su criado Conseil (Peter Lorre) personifica a la servidumbre, aunque protagoniza momentos de comicidad o miedo. El arponero Ned Land (Kirk Douglas) ha perdurado como símbolo de vitalidad, aunque no duda en recurrir a la violencia o mostrarse egoísta en determinadas ocasiones. Pero todos ellos giran en torno a la enigmática figura de Nemo (James Mason), en el que se unen la curiosidad científica y la rebeldía con la amargura y la sed de venganza.

Todos estos elementos cinematográficos, desde la dirección artística hasta las logradas interpretaciones, están al servicio de la historia que se desarrolla en *20.000 Leguas de viaje submarino*. Ésta se inspira en la novela, también muy famosa, del gran Julio Verne, autor injustamente relacionado con la literatura infantil o juvenil. En el original literario, muy bien adaptado a la pantalla —sobre todo en la esencia del mensaje—, su autor logró uno de sus mayores y más famosos éxitos. En muchas de las obras de Verne uno de los temas recurrentes es el de las implicaciones sociales y éticas de la ciencia y la tecnología. Lo que convierte a Julio Verne, junto a Mary Selley y Herbert G. Wells, en uno de los padres de la ciencia ficción, al menos en su faceta literaria.

Muchas otras novelas de Verne, como *Viaje al centro de la Tierra* o *La vuelta al Mundo en 80 días*, han sido trasladadas al cine con brillantez. En otras ocasiones —dado lo prolífico del autor y el gran número de adaptaciones—, los resultados han sido irregulares. Con respecto al título al que nos referimos, además de lo ya mencionado, habría que hacer referencia a las inevitables diferencias con la novela. Sus más de quinientas páginas —que en muchas ocasiones se convierten en auténticos tratados de ingeniería, ictiología, geografía u oceanografía— son traducidas al medio cinematográfico en la medida de lo posible. Son también muy diferentes los desenlaces finales que se desarrollan en las obras de Verne y Fleischer. Lo que no desmerece en absoluto a la película, pues ésta llega no sólo a respetar sus orígenes literarios, sino incluso a homenajearlos y engrandecerlos.

En *20.000 Leguas de viaje submarino* son muchas las cuestiones que se nos sugieren, aunque todo esté enmascarado en forma de relato de aventuras. Para empezar, habría que afirmar que más que adelantarse a la tecnología de su época, como se ha venido insistiendo, esta historia la refleja y constata. Así, a modo de





ejemplo, las investigaciones en aparatos submarinos eran una realidad en los tiempos en los que se escribió la novela. Por otra parte, la electricidad —debido al ingenio de científicos como Edison, Tesla o Faraday— empezaba a ser entendida y dominada. Sus aplicaciones, como es bien sabido, estarían presentes en toda la tecnología de finales del siglo XIX, todo el XX y lo que llevamos del XXI. Ésta aparece a lo largo del filme en forma de novedad tecnológica, productora de luz, fuente de energía e incluso arma defensiva. Verne reflejó algunos de los adelantos tecnológicos del momento en que vivió, y que no fueron pocos. Además se preguntó, a la par que se admiraba con ellos, por sus usos y repercusiones en la vida humana. Debido a todo ello, en este relato ciencia y arte, tanto literatura como cine, se unen magistralmente.

Si Verne en ocasiones partió de la ciencia y la tecnología de su época, en otras pareció, sin embargo, querer mostrarnos directamente el futuro. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, en el caso de la cámara de combustible del Nautilus. En este auténtico órgano central, que mantiene tecnológicamente vivo al submarino, se nos llega a insinuar la presencia de «energía atómica». Algo muy parecido ocurría con el «poder X» que aparecía en *De la Tierra a la Luna*, otra de las novelas de Verne convertida en una excelente película. Para ambos casos, lo que sería imaginado en forma de poder ilimitado, terminaría por convertirse en la realidad en energía nuclear. Fue ésta la que movió al primer submarino atómico que, con nombre del original de Verne, era botado cuatro años después del estreno de la película. Con este nuevo y temible desarrollo bélico la marina norteamericana pretendía tomar la delantera, de forma definitiva, en la carrera de armamentos dentro de la guerra fría. Tanto en la ficción inventada por Verne como en la historia real, no deja de ser inquietante que tan excelente logro de la ciencia y la tecnología, tan dotado de belleza, comenzara siendo utilizado como un arma destructiva.

Pero Verne, y también su traslado al cine, va mucho más allá de lo expuesto; siendo estos aspectos donde suponemos que niños y adolescentes lo tienen más que difícil para seguirlo. Baste recordar que *20.000 Leguas de viaje submarino*, como

cualquier obra de arte, posee diferentes niveles de lectura. Son dos los abismos en los que nos sumerge la película; de una parte el subacuático y de otra el ético. En esta historia todo gira en torno a la arrebatada figura del Capitán Nemo y sus muy particulares circunstancias. Para los historiadores de la ciencia, en cuanto *alter ego* del profesor Anorax, que representa a la ciencia oficial, Nemo es el científico hereje. A esta categoría pertenecieron Copérnico, Galileo o Darwin, quienes tuvieron el suficiente arrojo para cuestionar lo establecido como verdad. En un diálogo de la película Nemo declara a Aronax que su trabajo ha sido brillante, pero que, refiriéndose tanto a la metáfora como a la realidad, se ha quedado en la superficie. Nemo asume la responsabilidad del pensador capaz de dar un paso adelante para llegar a donde nadie lo había hecho. Y hace que tanto su investigación como su método y objetivo, aún dentro del campo de la ciencia, se nutran básicamente de rebeldía.

Pero en Nemo coexiste una segunda forma de rebelión: la que se ha originado en su historia personal, sus ideas sociales y sus propósitos de venganza. Desde esta óptica, Nemo utiliza a la ciencia para intentar mejorar el mundo, pero también para defenderse de él y, en ocasiones, para atacarlo abiertamente. Su perfil psicológico —a medio camino entre el del sabio, el anacoreta y el neurótico— lo faculta perfectamente para cumplir con todos estos objetivos. Pretende estudiar el mar y, a la vez, obtener de él la única independencia posible con el fin de escapar de la sociedad. De ésta no quiere saber nada, pues en ella fue un esclavo y su mujer e hijos asesinados; hacia la sociedad va dirigido todo su odio y resentimiento. En la historia de Nemo sus motivos son emocionales y sus objetivos terriblemente claros, pero el método a seguir no es otro que el de la ciencia. Todo parece teñido de un grito de desesperación en aras de una decidida rebeldía. Razón y pasión parecen, más que nunca, ir cogidas de la mano. Quizás por eso Nemo se haya convertido en el significado universal del hombre capaz de pensar y decir «no»; y es que, en diferentes grados, todos somos o nos sentimos como él.

Debido a todo ello, Nemo ha pasado a ser, más que un personaje, todo un arquetipo con profundas raíces que parten de Homero —el héroe trágico—, o de Cervantes —el valor de lo quijotesco—. El propio Verne lo hace reaparecer en *La isla misteriosa*, también con adaptación cinematográfica, aumentando aún más su trascendencia. Muchos referentes de la cultura popular, en ocasiones mal interpretada, tienen su origen en Nemo. Así el gran Alan Moore lo convirtió en uno de los protagonistas de su cómic *La liga de los hombres extraordinarios*, trasladada al cine, con el fin de homenajearlo junto a otros personajes. A otros héroes del cómic, como Batman o Ironman, también se les puede vincular con Nemo debido tanto a su destino trágico como al uso de la tecnología para enfrentarse a él. Pero quizá sea en la figura del Mad Doctor —tan cinematográfica, a la vez que científica y humana— donde la impronta de Nemo es más patente. En todos ellos el maniqueísmo no tienen lugar: la tragedia se une con el intelecto y la virtud con la maldad. Todos, al igual que cualquier persona de carne y hueso, son héroes y antihéroes a la vez.

Después de estas valoraciones seguramente muy diferentes a las del propio Verne o a las de Fleischer —pues estamos hablando de una interpretación—, me gustaría terminar con una confesión. Cuando me propusieron que escribiese estas palabras, me extrañó bastante que Fernando, hombre de múltiples intereses y gustos



muy particulares, hubiera mencionado esta película entre sus elegidas. Pero tras un momento de reflexión, ante mí fueron apareciendo los posibles motivos para entender su elección. En esta obra son expuestas, además de algunos de sus preferencias, muchas de las ideas que ha trabajado en su biografía intelectual. Pero es que, además, en esta película sus auténticos protagonistas son el espectáculo, la aventura, la mitología, la ciencia, la rebeldía y el cuestionamiento de la norma social. ¿Se le puede pedir más al material del que están hechos los sueños? Gracias, Fernando, por tus 20.000 leguas de afecto, sabiduría y enseñanza.

